

# REVISTA CASTELLANA

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

---

AÑO VII. -- Valladolid, Mayo de 1923. -- NÚM. 41

---

## La "Historia Secular y Eclesiástica de Valladolid", de MANUEL CANESI ACEVEDO

---

Tomo VI.

El tomo VI de la Historia de Valladolid, de Canesi (ms. de la Bib. de la Dip. de Vizcaya) consta de 2 hojas de Índice, sin numerar, y 396 numeradas.

Copia, respetando la ortografía =

Índice de los capítulos incluidos en este libro sexto. Empieza con el Reynado del prudentísimo Rey D. Felipe II. y termina con el presente del Cathólico Rey D. Felipe V. y demás progresos hasta estos días.

- Cap. 1. En que se refieren los sucesos de Valladolid, desde que nació el Rey D. Felipe II. en esta Ciudad, hasta el año de mill. quinientos y ochenta.
- Cap. 2. En que prosigue la materia del Capítulo pasado, hasta la muerte del prudentísimo Rey D. Felipe II. y se refiere como ensalzó á Valladolid su Patria con el honorífico título de Ciudad, Cabeza principal de las de Castilla.
- Cap. 3. Engrandece el Rey D. Felipe II. hijo de Valladolid, la Sancta Iglesia Colegiata, con la alta dignidad de Cathedral, y se refieren sus progresos hasta estos días.
- Cap. 4. En que se menciona lo demás que pertenece á la obra de esta Sancta Iglesia, y se describen las sumptuosas

Capillas y Vienhechores que ha tenido hasta estos tiempos.

- Cap. 5 Vidas de los Obispos que ha tenido la Sancta Iglesia de Valladolid.
- Cap. 6 En que prosigue la relacion de las vidas de los Obispos de esta Sancta Iglesia, hasta el tiempo presente.
- Cap. 7 De los illustres, doctos, y virtuosos varones, que ha tenido esta Sancta Iglesia, hasta estos dias.
- Cap. 8. De la fundacion del Conbento de las descalzas Reales de Madrid, que tubo su principio en esta Ciudad.
- Cap. 9 De la fundacion del segundo Colegio de la Compañia de Jesus, dedicado al grande Arzobispo de Milan S. Ambrosio.
- Cap. 10 De la fundacion de la Parroquia del glorioso Capellan de Maria Santissima S. Ildephonso.
- Cap. 11 De la fundacion de Religiosas del Combento de Carmelitas descalzas, de Sancta Teresa de Jesus.
- Cap. 12 De la fundacion del Combento del Apostol S. Bartholome, de Religiosas Trinitarias de esta Ciudad.
- Cap. 13 De la fundacion del Combento y hospitalidad del glorioso Patriarcha S. Juan de Dios.
- Cap. 14. De la fundacion del Combento de Religiosos Carmelitas descalzos, extramuros de esta Ciudad.
- Cap. 15 De la fundacion del Combento de Religiosas de Jesus Maria de esta Ciudad, y del Colegio, o Recogimiento de las Niñas Huerfanas, y del Hospital, y Cofradia illustre de nuestra Señora de la Consolacion.
- Cap. 16 De la fundacion del Colegio de Daza.
- Cap. 17 De la fundacion del Colegio tercero de la Compañia de Jesus, dedicado a S. Albano, en que son instruidos algunos Ingleses Catholicos.
- Cap. 18 De la fundacion del Combento de los Monges de S. Basilio, extramuros de esta Ciudad, dedicado a los gloriosos martires S. Cosme y S. Damian.
- Cap. 19 De la fundacion del Combento de los Religiosos Agustinos Recoletos.
- Cap. 20 De la fundacion del muy Religioso Combento de S. Joachin, y Sancta Ana, de Religiosas del Horden de

Sn. Bernardo.

- Cap. 21 De la fundacion del Colegio de los Niños del Alvergüe, y tambien del Amor de Dios.
- Cap. 22 De lo que sucedio en Valladolid en el Reynado de D. Phelipe III. y como trasladó la Corte de la Imperial Villa de Madrid, a esta Insigne Ciudad.
- Cap. 23 En que refiere como se retiró á Valladolid el Ex.<sup>mo</sup> S<sup>or</sup>. D. Francisco Gomez, Sandoval, y Roxas, Duque de Lerma, gran Valido del Rey D. Phelipe III y se da cuenta de la vida, prisión, y muerte de D. Rodrigo Calderón, Marques de Siete Iglesias, Regidor perpetuo de Valladolid, y &.
- Cap. 24 De la fundacion del Combento de los Padres Premostatenses.
- Cap. 25 De la fundacion del Combento de Religiosos Trinitarios descalzos de esta Ciudad.
- Cap. 26 De la fundacion del Combento de la Laura de Religiosas de Sancto Domingo.
- Cap. 27 De la fundacion del Combento de Religiosas Agustinas Recoletas.
- Cap. 28. De la fundacion del Combento de Religiosas de de Sancta Brigida.
- Cap. 29 De la fundacion del Combento de S. Diego.
- Cap. 30 De la fundacion de la Casa Sagrada de los Padres Clerigos Menores de esta Ciudad.
- Cap. 31 De la fundacion del Combento de los Religiosos Mercenarios descalzos.
- Cap. 32 De lo que sucedio en Valladolid en el Reynado del Señor Phelipe IV el Grande, hijo de esta Ciudad.
- Cap. 33. De la fundacion del Combento de los Religiosos Capuchinos.
- Cap. 34. De la Congregacion de S. Phelipe Neri compuesta de Señores Sacerdotes.
- Cap. 35. De lo que sucedio en Valladolid en la menor edad del Rey D. Carlos III. siendo gobernadora de estos Reynos la Reyna D. Mariana de Austria su madre.
- Cap. 36. En que prosigue la materia del Capitulo passado, y se refiere como pasó a segundas nupcias en Valla-

- dolid el Rey D. Carlos II. y de las demas cosas que sucedieron en esta Ciudad hasta su muerte.
- Cap. 37. De los Palacios Reales, y Casas que en esta Ciudad tienen los Grandes, titulos de España, y otros muchos cavalleros.
- Cap. 38. De los muchos ingenios hijos de Valladolid, que han florecido en este, y otros Reynos, en virtud, santidad, y letras.
- Cap. 39. De los sucesos de Valladolid, en los Reynados del Señor Phelipe V. y su hijo primogenito, D. Luis I. de este nombre en España.
- Cap. 40. En que se da quenta como passó a segundas nupcias el Rey D. Phelipe V. y prosigue la relacion de los sucessos de Valladolid en su Reynado, y en el de su hijo primogenito D. Luis Fernando Primero de Castilla, y se refiere la fundacion del nuevo Hospicio de pobres, y de las fabricas de diversas telas que se introduxeron en esta Ciudad, y se finaliza esta Historia con los progresos de ella, hasta el tiempo presente.
- (\*) Cap. 41. De la fundacion del Colegio de los Padres Agustinos Calzados de Indias.
- Cap. 42 De lo que sucedio en Valladolid reynando D. Fernando el Sexto.

(Continuad)

PEDRO AGUIA O BLEYE

---

(\*) *Estos dos capitulos, tanto en el Indice como en el texto, parecen una adición, de la mis na mano, pero de distinta tinta y hecha despues de dar por última la obra.*

## VALLADOLID EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

### NUESTROS ALIADOS.

Al comenzar el triste cuanto glorioso año 1808, el pueblo español, congratulándose de tan buenos aliados, entusiasmábase ante el plan aparente de nuestros vecinos, cual era derribar al odiado Godoy y arrancar a los ingleses el peñón de Gibraltar para devolverlo a España.

Pero en medio de todo, como vimos antes, iban ya siendo aquéllos mal mirados. Continuamente se encuentran en los legajos del Archivo Municipal, pidiendo indemnizaciones, individuos que tras de servir de guía a destacamentos franceses, fueran robados y maltratados por la soldadesca. Especialmente en Enero y Febrero de este año abundan los partes de cuarteros quejándose de que los soldados del Emperador derramaban la paja de los jergones, forzaban rejas, tiraban tapias y cometían mil otras fechorías, teniendo luego el cinismo de responder que lo ordenaba su Jefe (1).

Cargado de razón el 20 de Enero oficiaba el Ayuntamiento al Capitán General, y no por vez primera, acerca de los desmanes de los franceses, que "se apropian —decía— los vestimentos que bienen ala Plaza, atropellan al paisanage y cometen otros excesos en los puestos públicos y alojamientos destinados para su propia conbeniencia y mantenimiento (2)", en tal forma que llegaba a temer en breve plazo el agotamiento de los víveres. El mismo día tuvo respuesta de Dupont prometiendo castigar semejantes

(1) Arch. Ayuntamiento. Valladolid - Legajo n.º 657. - En Febrero estaba encargado de los cuarteles de S. GREGORIO y de la CASA del SOL D. Hilarión Sancho, autor de un "Diario de Valladolid" que relata muchas cosas interesantes de este luctuoso período.

(2) Arch. Ay:º. Valladolid - Legajo 658.



tropelías, sin que por eso se notase cambio en la conducta de sus tropas.

Ese era el nublado de los 25.000 hombres que cayera sobre Valladolid pocos días antes. Angustiado el Ayuntamiento el 11 porque todo lo llenaban y aún debían venir más, convertidos ya en cuarteles San Gregorio y la *Casa del Sol*, cerca de aquél, no ve otro remedio que albergarlos en los conventos de la Trinidad Calzada y Filipinos, que aunque violento, no era tanto como introducir aquella chusma en las casas. A Godoy parecía mejor ordenar que los acuartelaran en el Hospicio, pero cuidando el Municipio de los asilados: en verdad que "para ese viaje no hacían falta alforjas".

Pero ya antes (1) enviaban los ediles al omnipotente Godoy una de esas representaciones o gritos de angustia que se han de repetir no poco hasta la caída del favorito. Le exponen la situación del Ayuntamiento, que se hallara en seis días con doce mil franceses sin saber su llegada más que unos momentos antes, que faltaba todo porque no tenían fondos y sacrificaran a los vecinos ocho días para mantener esas tropas; que tuvieran que consentir un verdadero saqueo, que se veían sin dinero ni esperanza de obtenerlo, y terminaban pidiendo "se sirviera S. A. tomar en consideración las estremadas aflicciones de este Pueblo y lo expuesto que se hallaba a unas resultas inabitables con unas tropas que no se dan por entendidas de la imposibilidad de proporcionarles lo que necesitan (2)".

Muy natural era que odiase el pueblo a semejantes aliados, como algo más tarde encontraría preferibles los mismos enemigos a los ingleses que vinieran para ayudarnos.

No terminó el día 20 sin que el Ayuntamiento se viera obligado a mostrar de nuevo a Godoy su tristísima situación, llegando al caso extremo en aquel tiempo, de echar mano de los fondos de redención de cautivos y obras pías, con lo que no se salía del paso, pues no había dinero

(1) *El día 16.*

(2) *Arch. Ayt. Valladolid-Legajo 658: Extracto de correspondencia del Municipio y el Capitán General.*

que llegase para tanta gente, y nuestros buenos (?) aliados amenazaran con un saqueo que sólo se evitó " con las más " serviles humillaciones sufriendo insultos y peligros eminentes " (1).

Estas súplicas se cruzaban en el camino con órdenes de requisar a los ya esquilmodos vecinos ropas y dinero para los 25.000 franceses. Y menos mal que el Capitán General accedió a que el Regimiento de caballería de la Reina, de guarnición entonces, se distribuyera en las casas dejando el cuartel a los franceses (2), que más adelante veremos qué tal se portaban y agradecían su alojamiento en los domicilios cuando a ello se llegó.

Por si no fuera bastante, el 24 se sabía por conducto oficial el nombramiento del General de División francés Chabert nada menos que como Gobernador Militar de la Plaza (3), y sin duda para que no le creyesen título honorífico, diez días después dirigió un oficio al Capitán General, quien dió traslado al Ayuntamiento, amenazando con distribuir él mismo en las moradas de los valisoletanos las tropas de caballería recién llegadas, atribuyendo el que no tuviesen aún alojamiento a negligencia de aquellos infortunados ediles agobiados por el trabajo.

Con esta misma fecha se recibía la ansiada respuesta a la representación del 16, enviando doscientos mil reales, pero inmediatamente se ven obligados a elevar sus quejas una vez más; de la cantidad prometida por el Príncipe de la Paz sólo llegó a su destino la mitad y de eso todavía 60.000 reales fueron para el abastecedor de carnes, teniendo aún deudas mayores y a su cargo racionar y alojar 15.000 hombres, número que aumentaba continuamente; júzguese para qué llegarían los fondos de que pudieran disponer. Por entonces sólo tuvieron respuesta (el 28) a la segunda súplica, con la promesa de enviar mayores recursos.

Mas por lo visto el estado económico, lejos de mejorar empeoraba, y a qué extremos de angustia no llegaría para verse precisado el Ayuntamiento el 30 de Enero a

---

(1) Arch. Ayl°. Valladolid - Legajo 658; Extracto etc.

(2) El 22 de Enero - Legajo 658 - Extracto.

(3) Leg°. 658 - Extracto.

enviar a Madrid al Conde de Troncoso, diputado del Común y al regidor D. José Monasterio para que de palabra expusieran al *Almirante* la situación de Valladolid: el resultado no podía ser más desconsolador y la respuesta fué que continuasen haciendo esfuerzos y recurriendo a todos los arbitrios, aunque con la promesa, bién vaga, de proporcionarles lo que pudiera del Real Erario (1), entonces casi en la misma situación que el valisoletano; y era muy natural, que no sólo éste se encontraba necesitado de dinero, aunque sí, acaso, más que ningún otro.

Justo es reconocer, empero, que el poder central no se olvidaba, por lo menos, de Valladolid. Pocos días después oficiaban los jefes de Estado Mayor del Príncipe de la Paz que se entregasen al Ayuntamiento los caudales que hubiera de la consolidación de vales reales y que el Intendente eximiera del pago de ciertos derechos a los cosecheros que suministraron vino a los franceses.

Ni aún así parece que fuera grande la cantidad recibida, porque sólo once días más tarde envían otro mensaje a Godoy. Le hacen presente que las tropas aliadas se redujeron a doce o trece mil hombres, que están cinco hospitales llenos de enfermos y la mitad de los cuarteles plagados de sarna. Viene luego lo peor: que no tienen caudales para los gastos de las tropas. "No hay día — continúan -- que no opriman nuestros corazones los infelices a quienes hemos arrancado los efectos de su industria y de su comercio: son muchos los Acrehedores de esta especie y de la de Labradores que embuelben en lágrimas sus justas demandas"(2)

Pero hablar en Valladolid de disminución de tropas francesas era absurdo. Situada, como dicho queda, en un lugar de paso obligado, entraban y salían de continuo. El 27 anuncia Chabert la proxima llegada de mil y pico soldados, entre ellos 300 de aquella magnífica Guardia, que se destinaban, y no para ser admirados, a permanecer en esta ciudad.

(Continuará)

ENRIQUE MONTENEGRO.

(1) Legajo 658

(2) *Ibidem*.



## De Barcelona antigua

## La revuelta de los segadores.

Desde el anochecer iban entrando en la ciudad; llegaban en grupos: eran altos, fornidos; tenían sus rostros gestos enérgicos que reflejaban toda la pujanza y el brio de sus ánimos indómitos, y estaban tostados por el sol que a fuerza de besarles les puso las carnes cetrinas y les congestionó los ojos, que ponían en el mirar un brillar intensísimo.

Eran los segadores, los fuertes, los titanes de la raza; los que arrancaban, al impulso de un brazo vigoroso, el dorado fruto de los trigos; los que, encorvados horas tras horas, bajo la acción ardorosa del sol, regaban con su sudor aquella tierra que tanto amaban, para más fecundarla, como haciéndole gracia de su propia sangre para compensarla del dolor de arrancarle sus frutos, que ella tan ubérrimamente ofrecía.

Ellos estaban familiarizados con todas las durezas y crueldades de la vida; por eso llegaban a la ciudad sin demostrar cansancio tras de la penosa jornada, y su andar era fuerte, y erguidos, las hoces anudadas en bandolera a su espalda, cruzaban en aquel anochecer por las calles de la Ciudad de los Condes, camino de los paradores y de las posadas.

Pero sucedía una cosa insólita: los segadores aquel año no cantaban al llegar a la ciudad; agrupados en cuadrillas pasaban silenciosos como abrumados por una honda preocupación; y las gentes se asomaban a las puertas y a las ventanas de sus viviendas, y en voz baja, entre ellos, comentaban.

Y amaneció el siete de Junio del año del Señor de 1640. Era el jueves, fiesta del sagrado Cuerpo de Cristo.

Lucía el día esplendoroso en toda su magnificencia primaveral; el mar estaba muy azul y el cielo refulgía en un estallido de luz.

Desde el amanecer, las gentes se agitaban por la ciudad en un raro y frenético bullir; sus voces eran airadas y los ciudadanos formaban corrillos con los segadores, que incesantemente iban llegando y paseaban por las calles en resuelto y amenazador continente.

Las Ramblas eran un hormiguero humano, y pronto de los grupos se elevó la voz estridente y enronquecida de los que arengaban a la multitud. Flotaba en el aire un ambiente de inquietud, presagio de un tumultuoso estallar de pasiones en embravecida tormenta.

Rápidamente, en un común impulso, aquella muchedumbre comenzó a avanzar en humana avalancha, y, esparciéndose por las calles, con ensordecedor griterío, como agua de desbordada torrentera, corrió sin rumbo, y la ciudad toda se estremeció en una convulsión de frenesíes. Lucían las armas en las manos de los hombres, y en el aire comenzó a oírse el estallar seco de los disparos.

Enardecíanse de coraje las gentes al relato que entre ellos se hacían de los vilipendios que al pueblo hiciera sufrir el ejército alojado; aquella mañana los segadores trajeron a la ciudad noticias de nuevos ultrajes y desmanes cometidos en el Ampurdán, y la idea de la liberación y la venganza alentó en la mente de todos. Ya no se hablaban las gentes; seguían el agitado caminar de los segadores que en grupos de centenares se dirigían a través de las callejas hacia la calle Ancha, en donde se alzaba el palacio del Lugarteniente del Rey. Nadie se comunicó la orden, pero obedeciendo a ese secreto impulso que anima el alma de las airadas muchedumbres, todos coincidían en la idea que les dictaba el afán de hacer ostensible su resolución ante el que creían causante de las vejaciones que sufriera toda la tierra catalana.

Ante la magnitud del tumulto, salieron precipitadamente de la catedral, en donde todos asistían a los divinos oficios, los Cancelleres y los Diputados, y precedidos de los maceros de las corporaciones, que procuraban abrirles paso entre el pueblo, se dirigieron a la casa del Virrey.

El llano de San Francisco y la calle Ancha presentaban imponente aspecto; se estrujaba la multitud, pujando por acercarse a la casa del odiado representante de Felipe IV. Era todo un rumor de confusas voces y oíanse imprecaciones y gritos de — ¡ Viva la Religión ! ¡ Muera el Virrey ! ¡ Abajo el mal gobierno ! —, los segadores blandían las hoces airadamente y sus lucientes hojas brillaban al sol, que en los vehementes movimientos de los crispados puños que las agitaban, arrancaba de ellas cegadores destellos.

En la propia puerta del palacio del Lugarteniente, sobre un improvisado altar, colocaron los Frailes Menores al Santísimo Sacramento; pero ante la oleada del pueblo que amenazaba arrollarlo todo, los religiosos volvieron al Señor a la quietud del sagrario de la contigua iglesia de San Francisco.

Toda resistencia hacíaese imposible: las voces de concordia no hallaron eco en nadie, porque la ira cegaba los ojos a la razón y en los pechos de las gentes rugía un ansia de no satisfecha venganza.

Desde la casa de Santa Coloma hicieron fuego, y un segador que acaudillaba los grupos de los suyos cayó en una trágica convulsión para descansar exánime en brazos de sus compañeros.

A la descarga de fusilería siguió un trágico silencio: fué un momento; luego la confusión se hizo más intensa y el griterío se redobló con más furia.

Un hombre hercúleo cogió al desfallecido cuerpo de su hermano y lo cargó sobre sus espaldas, y, entonces, el ensangrentado cuerpo del muerto, paseado por las calles de la ciudad, fué la enseña de la más frenética y desesperada re-

vuelta. (1)

\* \* \*

A las estancias del palacio llegaba el ruido del tumulto callejero como el sordo rumor de un lejano mar embravecido.

No acertaba el Conde de Santa Coloma ni a dictar órdenes ni a tomar determinación alguna, bien que aun cuando acertara, ante el pánico del peligro, no había ya quien las recibiera.

Aconsejaban al Virrey los suyos, como único recurso, la huida, y en el ánimo del Conde luchaba el miedo al fin que a todas luces le aguardaba, con la idea de la dignidad y el honor escarneado.

Caían ya las puertas de palacio al irresistible empuje de la turba, cuando el Virrey, su hijo y unos pocos caballeros, lo abandonaban por un portillo secreto y precipitadamente asomaban a la muralla del mar.

Todo parecía facilitar su fuga: estaba la costa desierta, ya que las gentes invadían en aquellos momentos la calle Ancha y se enardecían en el asalto del palacio —; una galera genovesa se hallaba ante la Ciudad, dispuesta a partir, y de ella, dirigiéndose al embarcadero, avanzaba por las sosegadas aguas una lancha.

En el afán de salvar ante todo la vida de su hijo, mandó el de Santa Coloma a éste que avanzara y consiguiera sin dilación la lancha que ya les aguardaba. Así lo efectuó el mozo, y con tan justo límite de tiempo que lo mismo fué poner el pie en la embarcación que romper desde el fuerte de Atarazanas el fuego contra ella. Ante la certera puntería de los fusileros, los marineros que conducían la lancha remaron con furia, espoleados por el terror, y sin atender las súplicas del joven ni las voces de los caballeros que

(1) No se hace aquí mención del vulgarizado hecho de que los segadores sublevados llevaron a su cabeza una imagen de Cristo en la Cruz, cubierta por un velo negro, pues este extremo carece absolutamente de todo valor, ya que ni Melo ni ningún otro historiador lo menciona.

desde tierra mandábanles regresar, se alejaron con toda la rapidez que les permitía su esfuerzo.

Con la pérdida de aquella única esperanza de salvación flaqueó aún más el ánimo de los que acompañaban al Virrey, y unos so pretexto de acudir a la ciudad a intentar la pacificación de los ánimos, y otros sin disimular su afán de poner en salvo sus vidas, todos abandonaron al que hasta entonces fuera su señor y compañero.

Quedó solo el conde de Santa Coloma, fija la vista con alucinación en la lancha que conducía a su hijo, y presa el ánimo de mortal desconsuelo. La voluntad de aquel hombre, enérgico, se rindió al dolor y al miedo, y poco a poco se sintió invadido por el sopor de la inconsciencia.

Maquinalmente comenzó a caminar por la costa, hasta que la flaqueza del cuerpo le venció; una angustia mortal le invadía y ya sin aliento cayó en desmayo sobre las rocas. Levantó aún la cabeza y dirigió la vista, ansiosamente, hacia el mar.

La galera genovesa era como un puntito blanco en el azul intenso de las aguas.

\*\*\*

Moría el día primaveral, dulcemente, en un amargo contraste con la ráfaga de locura que agitaba a la ciudad.

La insensata venganza del pueblo estaba cumplida; el Lugarteniente del Rey fué hallado desfallecido sobre las rocas, y las hoces de los segadores se ahincaron con ansia en su pecho.

Aún las turbas, enloquecidas, discurrían por las calles, y la desolación y la muerte surgían a cada instante.

Se quebraron las puertas de la cárcel, y junto a los patricios libertados hallaron también el goce de luz los malhechores.

En el rostro de las gentes asomaba el terror, y oíanse ya voces que clamaban cordura y perdón.

De la santa casa de la Merced salió toda la comunidad



de religiosos, y cruzando entre el tumulto del pueblo, se encaminaron a las rocas de San Beltrán, que el mar batía mansamente, y recogieron el cuerpo del Conde de Santa Coloma.

Después, el cortejo de los frailes de blancas vestiduras, tornó lentamente a su convento, conduciendo el cadáver del Virrey de Cataluña. A algunas gentes les seguían a distancia.

El sol terminó de hundirse tras el cerro de San Pedro Mártir, y todo el firmamento se incendió de rojo.

Por entre el caserío de la ciudad se alzaban las lenguas de fuego de los incendios, y el sonido metálico de las campanas tocando a rebato repercutía plañideramente en el aire.

LUIS G. MANEGAT

### A la sombra de un hermes.

.....

Vive ¡ oh Musa ! entre símbolos velada  
tal como una estatua submergida;  
como luna en la tarde presentida  
y antes de tramentar adivinada.

En la espiga de oro encarcelada  
como las hostias vivirás dormida,  
y guardarás la esencia de tu vida  
como esconde su sangre la granada.

Sólo el latir del corazón sonoro  
-- no su amor, ni sus ansias, ni su anhelo --  
mueve el soberbio pectoral de oro.

Y si sufres ¡ oh musa !, que tu duelo  
se deshaga en la sombra, como un lloro  
tras de un negro antifaz de terciopelo.

JOSÉ JUAN TABLADA

*México.*

## Un cronista y una crónica medieval en pleno siglo XVIII. <sup>(1)</sup>

---

Creo interesante establecer, para el día que pueda escribirse la historiografía española, que las formas medievales de escribir Historia se perpetuaron en España tres siglos más allá de la época del Renacimiento, afirmación que podría parecer extraña o aventurada si no estuviéramos en presencia del documento que lo confirma. Es éste una RELACIÓN, hasta ahora inédita y desconocida, de la guerra de Sucesión española, en Cataluña, de principios del siglo XVIII, RELACIÓN escrita en catalán, en 1752, por un contemporáneo, Paladio Ombrabella (1690? —1767), Capellán mayor del Santuario de Nuestra Señora de Collell, obispado (hoy provincia) de Gerona, que se halla en un libro de contabilidad de 1698—1735, existente en el archivo de aquel Santuario (hoy Seminario menor).

La historia de la guerra de Sucesión española, conocida por abundantes documentos, hace años publicados, singularmente por las correspondencias y MEMORIAS de capitanes, embajadores y otros personajes de la corte del Rey Sol, tiene, si se quiere, un interés secundario o erudito. Es aquella época particularmente interesante para Cataluña, porque fué para ella el naufragio definitivo de sus libertades seculares pero quizás por la misma trascendencia de aquellos hechos los historiadores catalanes fijaron su atención en los acontecimientos subsiguientes a los tratados de Utrecht, esto es,

---

(1) Comunicación presentada al V. Congreso Internacional de Ciencias históricas -- Sección XI -- celebrado en Bruselas en Abril de 1923 por el Dr. Rafael Ballester y Castell, Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y Catedrático numerario de Historia y Geografía en el Instituto General y Técnico de Valladolid.

a la cuestión conocida con el nombre de "caso de los catalanes", asunto tan sabiamente estudiado, v. gr., por el doctor S. Sanpere y Miquel en la obra FIN DE LA NACIÓN CATALANA (Barcelona, 1905, fol.). — No es de extrañar, pues, que la historia de la guerra de Sucesión, conocidos sus resultados en el orden de la vida interior de Cataluña, haya quedado relegada al olvido de lo complementario o incidental. Y éste es, precisamente, el interés que para la futura definitiva historia documental puede tener la RELACIÓN del presbítero Ombrabella, sacerdote humilde e ignorado, especie de cronista monacal que, en el apartado rincón de su celda, archivaba, al margen del libro de cuentas, los grandes acontecimientos de su tiempo. Escaso sería, desde luego, el interés de la RELACIÓN de Ombrabella, si en ella buscásemos la crónica de unos sucesos que son mejor conocidos por otras fuentes. La RELACIÓN del capellán del Santuario de Collell tiene otro atractivo, a saber: el de las narraciones vividas y contadas con la sencillez del que no pretende demostrar nada, ni convencer a nadie, sino meramente narrar lo que se ha visto y vivido. En la RELACIÓN de Ombrabella, con toda su pesadez, barbarie de forma y estilo, y vulgaridad de dicción, subsiste todo el espíritu y sabor de las crónicas monacales; su puerilidad, su buena fe, sus nimiedades, anacronismos, errores y descuidos; pero hay en ella observaciones sinceras y exactas, de mucho valor para la historia de un país como España, nada sobrado de documentos de esta índole.

¿Quién era Paladio Ombrabella? No consta la fecha de su nacimiento. De su RELACIÓN se infiere que nacería a fines del siglo XVII (hacia 1690 ?) en el manso MONELL, término de Mieras, obispado de Gerona. En 1715 fué nombrado "capellán mayor" del Santuario de Collell, priorato dependiente del Monasterio de Benedictinos de San Pedro de Besalú, cargo que ejerció hasta 1723. Desaparece entonces del Santuario, y vuelve a figurar en él "como sacerdote residente" en 1744, y allí pasó el resto de su vida hasta el 22 de 1767, fecha de su muerte. Los libros de contabilidad del Santuario nos revelan la probidad y celo de su administración y, lo que más nos importa, multitud de notas dispersas re-

ferentes a los acontecimientos con que más tarde había de formar su RELACIÓN. Fué ésta terminada, según consta al pie del manuscrito, el 20 de Mayo de 1752; pero, en los libros del Santuario existen notas que remontan a 1721, es decir, a la primera época de su estancia en Colliell. Tendría entonces Ombrabella unos 30 años, y es evidente que iba reuniendo memorias de lo vivido, diciéndonos luego que se propuso "conservar el recuerdo de las cosas notables, para instrucción de los que leyeren".

Ombrabella, que en 1715, fecha de su instalación en el Santuario, no podía contar menos de 24 años, es indudable que en su juventud hubo de ser testigo presencial de acontecimientos de la guerra de Sucesión, y que utilizó noticias derivadas de contemporáneos, algunas procedentes de colegas suyos del Santuario, como así consta no sólo por su RELACIÓN sino por algunas notas esparcidas en los diversos libros de aquel archivo.

La RELACIÓN de Ombrabella (LLIBRE. D'AIXIDAS. 1698 a 1715 fols. 462 - 77) consta de 15 fols; anv. y rev., de letra de la época. Es indudablemente el manuscrito original, a juzgar por sus incorrecciones ortográficas y gramaticales, y por algunos anacronismos, explicables por error de cálculo, en quien, como se ve, escribía principalmente fiado de su memoria. Este manuscrito no deja de tener también cierto interés filológico, como testimonio de la decadencia del catalán hablado en su tiempo, plagado de palabras y expresiones castellanas.

La RELACIÓN de Ombrabella abarca desde los comienzos de la guerra de Sucesión, en Cataluña, hasta el año 1752; pero su interés histórico se concentra principalmente a los años de aquella guerra (1705-1714). No es un relato ordenado de los hechos militares o políticos, sino un *diario descriptivo* de la vida del país, al influjo de los acontecimientos. No se trasluce en el cronista la menor pasión política; ni elogia ni vitupera. Con igual respeto habla de los dos soberanos adversarios, y con el mismo tono deplora las calamidades sufridas por el país, asolado por los ejércitos, aliados o borbónicos. Al estilo de los cronistas medievales, refiere o describe los fenómenos atmosféricos, la abundancia o escasez de las cosechas, las supersticiones, los eclipses. Es particu-

larmente pintoresca, v. gr. , la manera cómo refiere el eclipse total de Sol ocurrido el 12 de Mayo de 1706 “que, aunque había sido pronosticado — dice — por los *astrólogos* (sic), no se creía que fuese tan grande”, con gran espanto del ejército, que lo interpretó como aviso del cielo. Al hablar de la popularidad del archiduque Carlos, en Cataluña, no oculta los numerosos pueblos que se mantuvieron fieles a Felipe V, y explica las causas de la popularidad del pretendiente, acrecentada por la exención de los impuestos, reforma monetaria y supresión de monopolios. Después de narrar el fracasado intento de Felipe V. para recobrar la ciudad de Barcelona, habla de la prosperidad del país, del aumento creciente de voluntarios alistados bajo la bandera del Archiduque, de la abundancia de moneda y del lujo de que hacían gala hombres y mujeres, acicalados con “botonaduras y cintas de plata, muchos de los cuales — dice —, so capa de partidarios de la causa austríaca, eran ladrones” .

Servían — dice — en el ejército aliado, alemanes, húngaros, ingleses, holandeses, flamencos, palatinos, napolitanos portugueses, castellanos y otras gentes, sin contar los valencianos y demás pueblos de la corona de Aragón, quienes percibían sus pagas de sus respectivos soberanos. A los ingleses nos dice que no se les pagaba con moneda acuñada, sino con pedazos de plata en barra, de mayor peso que la moneda corriente. Casi todos, añade, eran protestantes, y los pocos católicos que había, en aquel abigarrado ejército, veíanse obligados a practicar en secreto su religión. A los que morían dice que se les enterraba poniéndoles pan y vino en la sepultura “para que no les faltara el alimento necesario durante los días que habían de tardar en volver a su tierra”. No es, sin embargo, muy seguro que Ombrabella tuviese clara idea de las prácticas religiosas de los soldados extranjeros, ya que, al decirnos que los protestantes solían juntarse, en días determinados, para practicar sus ritos, llama a sus capillas “mezquitas”; error explicable en un presbítero de escasa cultura, para quien no existe en materia religiosa más frontera que la de su Iglesia.

En cambio, la visión de las tropas es exacta. Ve a los ingleses “elegantes, buenos mozos, rubios y bien educados; a los holandeses de baja estatura, rubios también, jó-



venes y barbilampiños; a los irlandeses y alemanos, robustos y corpulentos, como los flamencos; a los palatinos muy dados al robo; a los húngaros listos, valientes, temerarios y muy hábiles en el manejo del sable. Se apiada de los ingleses y holandeses, diciendo lo mal que les sentaba el clima, ocasionando gran mortandad. En el verano de 1707 murieron 1200, frente a Gerona, con gran número de enfermos "a causa de los excesos en la bebida" y añade que fueron entonces importadas en Cataluña la cerveza y la sidra, sin que pudieran arraigar estas bebidas entre los naturales. Hace notar la gazmoñería de los portugueses y su semejanza con los castellanos, haciendo alarde de piedad, lo que no impide "que, en cuanto guardan su rosario, demuestren gran afección a las mujeres".

Al hablar de las campañas de 1707 a 1711 hace particular mención del terrible saqueo de Lérida por las tropas del duque de Orleans, del mal estar general del país por la abundancia de tropas, la intensa fabricación de armas, la carestía y escasez de víveres, los abusos de la soldadesca y las represalias de los vencedores. No se le escapa el cambio producido a raíz de ser Cataluña abandonada por el Archiduque, calificando de "temeridad" la resistencia que opuso Barcelona a Felipe V. Nunca — dice — fué tan terrible la anarquía como en aquellos catorce meses de sitio, durante los cuales "intentaron en vano" los barceloneses levantar el país.

No se detiene aquí la RELACIÓN de Ombrabella. Prosigue describiendo las medidas de gobierno tomadas por el vencedor, singularmente en el orden económico; relato de interés local, salpicado de referencias a los acontecimientos de aquel reinado, y en los que no he de insistir, porque son conocidos. Un detalle curioso, que quizás sea eco de opinión o deseo de su tiempo. Al mencionar, de paso, el breve reinado de Luis I, primogénito de Felipe V que, como es sabido, duró lo que la vida de las flores, dice Ombrabella que el joven monarca "era muy afecto a los catalanes y deseaba vivir en Barcelona".

Tal es, en substancia, el contenido de esa RELACIÓN o pequeña crónica del humilde capellán de Collell, que, excepcionalmente quizás, entre las escasas fuentes narrativas

de la época, no sea la obra de un *partidista*, ni mucho menos un libelo, sino el cuaderno de notas, deslavazado y prosaico, pero curioso de un hombre a quien impresionaron vivamente los hechos contemporáneos, que transmitió a la posteridad, sincera y honradamente, a la manera de aquellos antiguos cronistas monacales que, laborando para honra y gloria de Dios, aportaron al edificio de la Historia el grano de arena de su colaboración.

RAFAEL BALLESTER Y CASTELL.

## Una obra anónima de Campoamor



Largas consideraciones me sugirió en otra ocasión esta obra, que ahora me excusan de preámbulos. Me limitaré, pues, a una simple y escueta referencia.

La portada de esta obra reza así: *Historia periodística, parlamentaria y ministerial, completa y detallada del Excmo. Sr. D. Luis José Sartorius, primer Conde de San Luis. Madrid. Imprenta de José María Ducazcal. Plaza de Isabel II núm. 6. - 1850.* Según carta autógrafa que el propio Campoamor, con fecha 9 de septiembre de 1893, dirigió a D. Andrés Pérez García, culto literato castellano, autor de un conocido *Mosaico escolar* y de *El libro de Cuenca de Campos*, la primera parte de la citada *Historia* fué escrita por D. Manuel Cañete, y la segunda por D. Ramón de Campoamor.

Empecemos por decir que el libro no ha de añadir un átomo a la gloria del autor de *El Drama Universal*, ni siquiera a la del de *Los dos Föscaris*. Es un libro de encar-

go, de aquellos que la vanidad de nuestros políticos hizo menudear tanto en el siglo XIX, como si la fama y notoriedad de los hombres públicos fuese más que *un breve día*.

La amistad con Sartorius debió de ser precisamente causa principal de que Campoamor se afiliase al partido moderado. Sartorius fué uno de los fundadores del Liceo, que desde 1837, y por espacio de algunos años, compartió con el Ateneo la misión de mantener el culto a las letras y las artes. Campoamor, que trabajó activamente en el Liceo, estrechó de este modo su amistad con Sartorius.

En los comienzos de su vida política, Sartorius fué progresista; pero bien pronto, dejándose llevar por Bravo Murillo, entró en el partido moderado y en la redacción de *La Verdad*. El mismo rumbo siguió Campoamor, y uno y otro tuvieron acceso á *El Correo Nacional*, fundado en 1838 por D. Andrés Borrego. Desde entonces, convencidos de que su porvenir estaba en el partido moderado, siguieron en él con loable consecuencia. Mas debe creerse, dadas las opiniones de Campoamor, que si en su camino hubiese encontrado a un progresista de empuje dispuesto a prestarle su apoyo, hubiérale seguido de buena gana. El caso es frecuente en España, donde suele verse que hombres de ideas progresivas figuran en partidos conservadores, mientras que en las filas más avanzadas caminan no pocos regresivos.

La primera parte del libro a que me voy refiriendo, escrita por D. Manuel Cañete, es la propiamente biográfica. No puede darse nada más candoroso y zalamero. Si se compara esta biografía con otra del mismo político —por ejemplo, la de Villergas en *Los políticos en camisa*, — se comprenderá lo difícil que es a cierta distancia formar juicio exacto de los hombres y de las cosas.

Campoamor salió bien del paso. Consideró a Sartorius como legislador, para lo cual tiró de tijera, recortó todas las disposiciones dictadas por su amigo y protector, y a cada una antepuso un preámbulo explicativo. Debe reconocerse que todas ellas — Ley de beneficencia, Ley de cárceles, etc, etc, — tuvieron suma importancia, y que Sartorius fué uno de los ministros que con más fe, talento y honradez trabajaron por la reconstitución de España.

Ni Sartorius dejó de manifestar su espíritu liberal en

aquella primera etapa de su vida pública, ni Campoamor disimuló tampoco su manera de pensar al comentar la labor legislativa de aquél. No se diría, en cambio, que el poeta innovador y despreocupado era el mismo que, con miras al clasicismo francés, comentaba el *Decreto* para la reorganización de los teatros. Esto escribía, entre otras cosas: « Pero el sol de la raza austriaca fué declinando de un modo rápido y sin brillo. El águila imperial, que tan soberana y altanaramente hendía el espacio exenta de límites, hubo de plegar su vuelo ante la flor de lis, que fuertemente trabajada por luchas de todos géneros, ni pudo mantenerse a la altura del águila, ni conservar su puesto, sino que declinando visiblemente llegó casi a encerrarse en los confines de la península. Fué al par apagando la luz literaria, dejaron de brotar los ingenios, y el teatro no tuvo ya joyas ni imitadores. Los críticos franceses dijeron que en España cualquier coplero tenía licencia para presentar en escena los disparates más groseros, hasta encerrar años enteros en el solo espacio de un día, haciendo muchas veces que el que era niño en la primera escena, fuese un viejo en la segunda o tercera. A los dramas con arreglo a los preceptos de Horacio y de Terencio, sucedió el mal gusto de Moncín, Comella y Zabala. En vano los Moratines lucharon encarnizadamente por salvar de su hundimiento las glorias escénicas; éstas no se ostentaron hasta verificarse la moderna regeneración literaria, y entonces las guerras civiles y de partido, ni permitieron al genio remontarse, ni al gobierno ayudarle. »

Repitamos que se trata de una obra de compromiso, con todos los defectos inherentes a esta clase de trabajos. Sólo como curiosidad puede hacerse constar que es de Campoamor. El poeta, que había sido ya Gobernador de Castellón por nombramiento de Sartorius, dejabase llevar de la corriente y practicaba la teoría que más tarde le llevaría a decir en una humorada:

Dejando al tiempo que ande  
y viviendo en un éxtasis risueño,  
como decía Calderón el Grande,  
voy tomando la vida como un sueño.

NARCISO ALONSO CORTÉS

## Registro bibliográfico

---

SEGUNDO CERNUDA: *!Ahí va esa mosca!*. Madrid, 1922. — Los que conocemos a Segundo Cernuda desde los tiempos del *¡Velay!*, ya sabemos quién es: el poeta fácil, donoso, rebosante de gracejo; el hablista castizo, conocedor directo del idioma castellano en todos sus matices; el escritor llano y transparente que expresa sus pensamientos con tanta claridad como eficacia. ¡Cuánto ingenio derrochó Cernuda en aquellos simpáticos periódicos vallisoletanos que se publicaron a partir de 1885! ¡Cuántos escritos suyos, en verso y en prosa, juguetean retozones por aquellas columnas!

Así aparece Cernuda en *¡Ahí va esa mosca!* Su vena satírica discurre suelta y desenfadada, en verso ágiles y sencillos. Son versos satíricos de la buena tradición castellana, la de los Quevedos y Góngoras, Villergas y Palacios. Bien puede afirmarse que Cernuda figura hoy a la cabeza de nuestros poetas festivos.

SANTIAGO ARGÜELLO: *El alma dolorida de la patria*. Nueva York, 1923. — Notorio es que Santiago Argüello figura entre los más grandes poetas de habla española. Rubén Darío, su amigo y compatriota, dijo de él así: « Es un productor de belleza, un sembrador de orquídeas, en una palabra, un corazón. » Y Vargas Vila: « El nos ha revelado las cosas invisibles, de las cuales sólo el Poeta ve el contorno fugitivo e irrevelado a nuestros ojos; y ha dado al mundo el licor de su palabra educadora, llena de virilidades austeras. »

La grandeza de concepción de Argüello, encuadra en una expresión grandiosa, profética, exuberante de ideales. Es el gran poeta moderno, tan alejado de la chabacanería retórica como de las contorsiones impotentes. En *El alma dolorida de la patria* añade un joyel — *Himno a la raza hispano - americana*, — al maravilloso poema *Llegò el instante de las profecías*, admirado por todas las almas grandes. Su palabra apocalíptica esgrime en el *Himno* la resplandiente centella de los apóstrofes:



Hermano aeda, empuña tu olifante  
 de Arcangel sideral, que en los abismos  
 diga de precursores cataclismos.  
 ¡ Y que sea tu soplo aniquilante  
 soplo creador! Y de otras nuevas cruces  
 con nuevos Cristos tu Calvario puebla.  
 Suene la nota que despierta luces:  
 ¡las luces que fulminan la tiniebla!

JUAN HURTADO Y J. DE LA SERNA Y ANGEL GONZALEZ PALENCIA: *Historia de la Literatura Española*. Madrid, 1921.

Tarde llegamos para hablar de la notabilísima *Historia de la Literatura Española*, de D. Juan Hurtado y D. Angel Gonzalez Palencia; pero eso no quita para que la dediquemos nuestro elogio sincero y efusivo. En España carecíamos absolutamente de un libro como éste. Trátase de una obra grandemente didáctica, que, sin amplificaciones incompatibles con su objeto, estudia del modo más completo y ordenado el proceso de nuestra historia literaria. Responde el libro a las más modernas investigaciones en la materia, y encierra datos y juicios tan breves como exactos. Es, en una palabra, un libro que sólo plácemes merece.

CAROLINA PONCET Y DE CÁRDENAS: JOSÉ JACINTO MILANÉS Y SU OBRA POÉTICA. La Habana, 1923. — Breve pero sustancioso trabajo, en que la notable profesora cubana, ya conocida por sus estudios de folk-lore, examina con profundo espíritu crítico la labor literaria de aquel exaltado romántico que escribió *El Conde Alarcos*.